

Presentación:
Reflexiones en torno a María Zambrano

Greta Rivara Kamaji
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México

Es frecuente, entre los intérpretes de María Zambrano, considerar que la filósofa habría sufrido un doble exilio: el de la patria y el de la razón. El segundo, por haberla cuestionado, por haber señalado los límites en los que la tradición racionalista la había encajonado, por atreverse a proponer otro tipo de racionalidad en tiempos donde la imaginación creadora y propositiva de la filosofía parecía no sólo haberse ausentado, sino que los intentos innovadores parecían signo de arbitrariedad, donde lo *serio* parecía radicar en repetir infinitamente las interpretaciones de los grandes sistemas que la historia de la filosofía había generado.

A este doble exilio se podría agregar otro: el de la lengua. ¿Nos hemos tomado verdaderamente en serio las filosofías escritas en nuestro idioma? ¿No pertenecemos acaso a una tradición, reflejada en sus medios académicos, que ha acostumbrado venerar una visión canónica de la historia de la filosofía y, junto con ella, a las lenguas en las que sus colosales sistemas se han plasmado? ¿Tiene algo que decir nuestro idioma a la filosofía o se sigue pensando que ésta, como pretendió Martin Heidegger, se dice en griego o en alemán?

Hasta hace no mucho tiempo, en América Latina —que no en Europa, irónicamente—, María Zambrano no era sino una mujer que escribió filosofía en español. Más aún, ella insistía constantemente en reflexionar el arte desde la

filosofía y a la inversa. Ello parecía superficial para el anacrónico orden de los sistemas y los sacros recintos académicos, a los que el tiempo y la historia hacía mucho parecían haberles superado. El arte había sido motivo de grandes reflexiones en la historia de la filosofía y, sin embargo, paralelamente se había sostenido la idea de que la filosofía debe aparecer sola, sin mezcla, sin contaminación de otros órdenes del saber. Hablar de una racionalidad vinculada con el arte, para quienes siguen escuchando el eco de la condena platónica al arte y de su exclusión del reino del conocimiento, parecía signo de una inminente debilidad en el discurso filosófico. A pesar de los movimientos filosóficos más ortodoxos, hacía mucho tiempo que se había ya abandonado la idea de que la filosofía debía reinar a solas, desconociendo todo cuanto ha necesitado para ser. Se había abandonado también la idea ignorante y acrítica según la cual era necesario despreciar las verdades provenientes del arte, es decir, las diversas, plurales y móviles. Pese a esta recuperación del arte en la filosofía, el pensamiento zambraniano fue hasta cierto punto reducido de primera instancia a ser una extraña mezcla entre *filosofía* y *poesía*.

Ciertamente, María Zambrano nunca pensó una filosofía *pura*; nunca se pensó filósofa fuera de la historia que la constituyó, de la Guerra Civil española, de la dictadura, del fracaso de la razón en tiempos del nazismo, de su propia herencia, de su propia lengua. Nunca se pensó portadora de una filosofía al margen de la vida o de los tiempos de crisis y esperanza en los que vivió. Estos temas, para Zambrano, fueron siempre compatibles con la reflexión filosófica y, por ello, era posible pensarlos filosóficamente, incluso necesario; así reconoció que pensar a la filosofía desde esos lugares no ponía en peligro ningún inmaculado sistema; el ser, la razón, la verdad, el método y el orden no eran incompatibles con un pensamiento que los reflexionara precisamente a la altura de los tiempos.

Zambrano, consciente de que la razón filosófica hacía mucho tiempo había renunciado a su absoluta autonomía, a su salvaje independencia, pensó, desde esta renuncia, la filosofía misma, su historia, sus temas y sus problemas; pero, más que eso, intentó proponer otros modelos de racionalidad y, con ellos, otras lecturas de la historia de la filosofía. La lectura de esta última, sobre todo en su devoción a la razón, indica que se había alejado de la vida, pero también de todo aquello de lo que un día se había nutrido para existir.

Desde este horizonte, Zambrano pensó críticamente a la tradición, la reflexionó desde la clara aurora de la filosofía griega hasta la potente crítica nietzscheana de la cual, podría decirse, hereda el ímpetu de revisar la historia de la racionalidad

filosófica sin renunciar en ningún momento a ella. En este sentido, heredó también de Friedrich Nietzsche la necesidad de pensar otras formas de racionalidad y hacer con la filosofía algo más que un *sistema riguroso*.

Es importante señalar que mientras Zambrano pensó la tradición filosófica nunca dejó de meditar su propia tradición, su arraigo, su circunstancia, España y su arte, España y su *asistemático* pensamiento filosófico. Por ello, entender el pensamiento de Zambrano implica reconocer su pertenencia —que no su reducción a ella— a esta tradición intelectual. El pensamiento filosófico español ha existido aun cuando en su particular desarrollo prácticamente no ha ocupado un espacio en la monumental historia de la filosofía moderna europea. La filosofía española parecía no haber renunciado nunca a estrechar sus reflexiones con los momentos más críticos, feroces y dolorosos de su propia historia. Se ha tratado de un pensamiento con patria y no de un sistema al que le dé exactamente lo mismo que Auschwitz sea real y nunca racional. En este tenor, Zambrano ha sido consciente de que al pensamiento español se le ha visto como un híbrido, un ecléctico desatino, una mezcla de todo tipo de expresiones: literarias, políticas, religiosas, y en ello, parece estar su falta, su carencia.

Si se hace una aproximación atenta a pensadores como José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Xavier Zubiri o la propia Zambrano, se puede advertir que nunca dejaron de pensar los grandes problemas de la tradición filosófica europea y, sin embargo, no lo hicieron como si éstos constituyesen algo aparte de la historia, del mundo, de la vida, de su vida y su cultura.

La filosofía española no se entendió ni se presentó en la forma de colosales sistemas, como la alemana, no obstante los ha pensado y entendido, pero ha establecido frente a ellos su especificidad y diferencia. En este sentido, la lectura que hace Zambrano de la tradición filosófica resulta ser creativamente heterodoxa. Supone que el discurso filosófico no ha sido la única manera en que, por lo menos en España, la filosofía se ha expresado. Considera que algunas de las expresiones filosóficas más significativas del pensamiento español buscaron vías de manifestación en órdenes del conocimiento distintos al canon filosófico, por ejemplo, en la literatura. Zambrano reconoce que la filosofía en España ha estado siempre presente, mas no en grandes sistemas sino que, tal vez, sólo pudo expresarse en formas irredentas: la confesión, la guía, la poesía, la novela; manifestaciones donde encontró el pensamiento español un lenguaje para expresar las características de su especificidad. Otro lenguaje, un *sistema* distinto, mas no por ello caótico, no por ello prescindible.

María Zambrano es heredera de la crisis de la razón, de la noción lineal de la historia, de la fe en el progreso, del derrumbe de la *verdad* atestiguado por Nietzsche. Interpreta estas crisis y busca, a través de su filosofía, abrir caminos a su vez críticos, sin que esto implicara una renuncia a integrar a la historia misma de la filosofía y sus grandes problemas en su reflexión.

Por eso, se encuentra en Zambrano un pensamiento dialógico, un sugerente y fértil diálogo con la historia de la filosofía y desde el cual intentó generar un pensamiento que volteara su rostro a la vida, porque, de acuerdo con ella, *la filosofía misma lo necesitaba*. En muchos sentidos se puede afirmar que la filosofía de Zambrano es una de las más significativas escritas en el idioma español. La agudeza y originalidad de su crítica a la tradición da la oportunidad de *otra* lectura de la misma. No de muchos autores se puede decir lo que sucede con Zambrano: que con su crítica e interpretación de la tradición elabora, a su vez, lo que se puede llamar una de las filosofías más propositivas frente a los abismos del racionalismo. La razón poética, la gran propuesta de Zambrano, está muy lejos de ser una mezcla entre filosofía y poesía. La razón poética es una propuesta de racionalidad filosófica que conlleva, precisamente, la reorganización de aquella razón que se había creído una y definitiva.

Zambrano muestra que una sola manera de filosofar no existe, así tampoco una sola manera de entender la razón; si así fuese, la historia de la filosofía sería algo sin sentido.

No hay *una* manera de filosofar, no hay *un* método, no hay *un* sistema, por ello hay historia de la filosofía, historia de las filosofías. En España —como en México y en América Latina— no tenemos filosofía al estilo de Kant o Hegel, sino que tenemos filosofía al estilo de Ortega y Gasset, Gaos, Xirau o Sánchez Vázquez, por mencionar tan sólo a los más cercanos. Ellos, lejos de haber dedicado años de trabajo a un pensamiento desordenado y caótico, generaron una filosofía capaz de integrar lo particular a lo universal y demostrar una validez sistemática sin la necesidad de recurrir a parámetros y esquemas dados.¹

No pretendo con esta nota introductoria hacer un resumen de la obra zambranianiana, sino solamente explicitar algunos puntos de partida necesarios para

¹ Greta Rivara y Marianela Santoveña, “Introducción”, en Greta Rivara Kamaji (coord.), *Vocación por la sombra. La razón confesada de María Zambrano*, México, Edere, 2003, p. 12.

poder entender el horizonte desde el cual despunta su pensamiento. Se podría sintetizar en algunas líneas el sentido de su interpretación de la tradición, de Platón, de Nietzsche, su crítica al metodologismo; se podría describir la manera en cómo el centro de sus propuestas es su ontología, se podría hablar de su idea de *reforma del entendimiento*, de la manera en que pensó la razón y el lenguaje y cómo estructuró sus propuestas a partir de la crítica a la razón, etcétera. Considero que esto no tendría sentido sin sensibilizarnos ante el tipo de pensamiento al que nos enfrentamos con María Zambrano. Sirvan los artículos que acompañan este número para adentrarse en algunos de los temas mencionados, los cuales configuran la filosofía zambrana.

BREVE CRONOLOGÍA DE MARÍA ZAMBRANO

María Zambrano realizó sus estudios de licenciatura en filosofía en la Universidad de Madrid, donde, a partir de 1926, asistió a las clases de José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri y Manuel García Morente.

Desde 1928, luego de su ingreso a la Federación Universitaria Española, colaboró activamente en la sección “Aire libre” del periódico madrileño *El Liberal* y participó, en ese mismo año, en la fundación de la Liga de Educación Social.

En 1930 concretó parte de su labor intelectual al publicar el libro *Horizonte del liberalismo* (Madrid, Morata) e ingresó, como profesora en la Universidad de Madrid, a la Cátedra de Metafísica. Hasta 1936 trabajó en su tesis doctoral: *La salvación del individuo en Espinoza*, investigación inconclusa más tarde publicada en diversos medios.

A partir de 1933 colaboró activamente en la distinguida *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset. En ella publicó ensayos relevantes en su trayectoria como lo es *Hacia un saber sobre el alma*, que más tarde se convertiría en el título de un volumen con una serie de ensayos de la autora.

En 1937 publicó el libro *Los intelectuales en el drama de España* (Santiago de Chile, Panorama). En este año también fundó junto con otros intelectuales españoles —Emilio Prados, Rafael Dieste— la revista *Hora de España*.

En 1939, año en que se exilió, fue profesora, en México, de la Casa de España y de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, donde enseñó filosofía. En el mismo año publicó dos de sus más importantes obras: *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*.

En 1940, residiendo en Cuba, es invitada por el Instituto de Altos Estudios y por el de Investigaciones Científicas de la Universidad de La Habana a trabajar como profesora. Asimismo, en 1943 enseñó en la Universidad de Río Piedras, en Puerto Rico. Un año más tarde publicó *El pensamiento vivo de Séneca* (Buenos Aires, Losada) y, en 1945, *La agonía de Europa* (Buenos Aires, Sudamericana).

En 1950 publicó *Hacia un saber sobre el alma* (Buenos Aires, Losada). En 1953 se trasladó a Roma. En ese año obtuvo una mención por su obra *Delirio y destino* en el Premio Literario Europeo de Ginebra.

En 1955 se publicó *El Hombre y lo divino*, (México, Fondo de Cultura Económica); entre sus textos filosóficos no sólo es, tal vez, el más traducido a otros idiomas, sino que representa, por su profundidad y originalidad, la esencia de su legado intelectual.

En 1959 publicó *Persona y democracia* (Puerto Rico, Ministerio de Instrucción Pública). Un año después se publicó *La España de Galdós* (Madrid, Taurus).

En 1965 se publicaron sus obras *España, sueño y verdad* (Barcelona, Edhasa) y *El sueño creador* (México, Universidad Veracruzana). Entre 1967 y 1971 se publicó su obra *La tumba de Antígona* y aparece el primer volumen de sus *Obras reunidas* (Madrid, Aguilar). En 1977 se publicó *Claros del bosque* (Barcelona, Seix Barral).

Entre 1981 y 1983 es nombrada *Doctora Honoris Causa* por la Universidad de Málaga y recibió el prestigioso premio Príncipe de Asturias de Humanidades.

En 1984 regresó a España, en donde fue homenajeadada en diversas ocasiones y fue nombrada hija predilecta de Andalucía. En 1987 se creó en Vélez, Málaga, la Fundación María Zambrano.

En 1988 se le otorgó el prestigiado Premio Miguel de Cervantes y fue ella la primera mujer en recibirlo.

En 1989 se publicaron sus obras *Notas de un método y Algunos lugares de la pintura*, entre otras. Dos años más tarde, María Zambrano murió en España.